



# Una historia de la UAM

## Primera inscripción e inicio de cursos

LA LEY ORGÁNICA DE LA UAM entró en vigor el 1 de enero de 1974 y, de acuerdo con las recomendaciones de estudio de la ANUIES, se hicieron grandes esfuerzos para iniciar las clases en septiembre de ese mismo año. Sólo fue posible empezarlas en la Unidad Iztapalapa, ya que en Azcapotzalco y en Xochimilco se iniciaron en noviembre de 1974, o sea, dos meses después.

Según el estudio de la ANUIES, la demanda insatisfecha en el área de la ciudad de México para el ciclo escolar 1974-1975 era de aproximadamente 22 mil alumnos. Se tenía conciencia de que las cifras que se manejaban eran aproximadas, pues no existían mecanismos para calcularlas con mucha precisión. José Antonio Carranza revela que por problemas de diferencia de calendarios y por la dificultad de identificar a cada uno de los solicitantes, se presentaba el fenómeno de que varios demandantes solicitaban su ingreso a más de una institución y, por tanto, se contabilizaban más de una vez. Por otra parte, había una población que no había sido admitida a ninguna institución en los últimos años y era considerada como una demanda potencial al abrirse una nueva universidad.

Una buena parte de las primeras reuniones de la coordinación entre los primeros funcionarios de la UAM se destinaron a planear las estrategias para promover a la nueva institución, seleccionar a los alumnos e inscribirlos.

De los primeros problemas que se analizaron fue el de estimar el porcentaje de la demanda que podía acudir a la UAM. Se trataba de una nueva institución, prácticamente desconocida, que tendría que competir con la UNAM y el IPN, de larga tradición y gran prestigio. La aspiración de muchos padres de familia, incluyendo a quienes vivían en estados lejanos de la ciudad de México, era que sus hijos pudiesen estudiar en una de las dos instituciones existentes, especialmente cuando ellos o algún familiar así lo habían hecho. ¿Cuántos padres de familia se animarían o estarían de acuerdo en que sus hijos fuesen a una universidad entonces desconocida? ¿Cuántos alumnos, sobre todo de buen nivel académico como se quería tener, preferirían a la UAM?

Con mucha visión de esta situación, el arquitecto Ramírez Vázquez llevó a cabo una extensa campaña en los medios de comunicación para dar a conocer a

la Universidad. Se organizaron conferencias de prensa, entrevistas en la televisión y en la radio, visitas a las instituciones cuando el avance de las construcciones lo permitió, se imprimieron y repartieron en las escuelas de nivel medio superior folletos promocionales. La campaña resultó exitosa. Muy pronto la UAM fue ampliamente conocida, no sólo en los medios académicos sino por la población en general. Se tenía ya la percepción de que se trataba de una institución seria, con recursos suficientes para tener solidez y permanencia, que estaba incorporando a sus filas a académicos y profesionales de gran reconocimiento.

Un aspecto esencial para la planeación del primer ingreso era la estimación del número de solicitantes. El éxito de la campaña de promoción de la UAM y la aceptación de la idea de crear una nueva universidad permitían augurar que habría una buena demanda. Pero también se advertía que la simple apertura de una nueva institución no distribuiría al total de aspirantes de acuerdo a la oferta de las tres instituciones públicas. ¿Cuántos de los 22 mil alumnos que constituían la demanda insatisfecha tendrían interés por acudir a la UAM? Esa era la pregunta que más inquietaba. Animados principalmente por la buena acogida que había tenido la Universidad en los medios y en la opinión pública, se hizo una estimación de entre 8 y 9 mil alumnos.

Como ya se dijo, en ese momento sólo se había considerado la apertura de Azcapotzalco y de Iztapalapa. Esto conducía a que cada una de estas dos Unidades tendría que admitir entre 3 mil y 3,500 alumnos, después de una selección razonable. De acuerdo con los primeros trabajos de planeación, esta cifra pareció excesiva. Apenas se estaba contratando a los primeros profesores, no se tenían planes y programas de estudios, y en el caso de la Unidad Azcapotzalco, todavía no se tenía el terreno definitivo. Esto motivó a los Rectores de Unidad a proponerle al Rector General la apertura de la tercera Unidad, que se había programado para más adelante. El Arq. Ramírez Vázquez vio con agrado esta propuesta e invitó al Dr. Ramón Villarreal, quien trabajaba en la Organización Panamericana de la Salud, en Washington, para que organizase los trabajos de la Unidad del Sur (Xochimilco).

El otro tema que se analizaba era el de los requisitos de admisión. En los estudios de la ANUIES, en las entrevistas de prensa y en las opiniones de analistas de la educación, se consideraba que la nueva institución debía ser una universidad abierta, en el sentido de promover cambios y estructuras diferentes a las tradicionales. Inclusive en su lema se había incluido esta idea: “Casa Abierta al Tiempo” ¿Cómo conciliar dicha apertura con criterios académicos que garantizaran estándares de calidad? En ese momento estaba en boga la idea de la apertura total, puertas abiertas a todos los estudiantes. Esto implicaba no tener ningún proceso de selección y requisitos de admisión muy laxos. No se consideró conveniente aceptar esta política, pues se pensaba que se disminuirían los niveles académicos. Se establecieron entonces dos requisitos básicos: contar con un mínimo de 7.00 de promedio en el nivel bachillerato y ser seleccionado mediante un examen de admisión. Al mismo tiempo, para incluir dos elementos importantes de flexibilidad y apertura, se decidió aceptar a egresados del sistema de educación normal, que hasta entonces no podían ingresar a las universidades, y que los alumnos pudiesen aspirar a cualquier licenciatura independientemente de la especialidad que hubiesen elegido en el bachillerato. Y también se consideró conveniente abrir dos periodos de inscripción en cada ciclo escolar para que los alumnos que no terminasen totalmente el bachillerato en el periodo de exámenes ordinarios sino en el de exámenes de recuperación o extraordinarios, no tuviesen que esperar un año completo para ingresar a la licenciatura.

El primer requisito, el promedio, se incluyó fundamentalmente porque lo tenían la UNAM y el IPN. Se tenía conciencia de que diferentes escuelas asignan las calificaciones a sus alumnos con diferentes criterios, algunos más rígidos que otros y que, por eso, el promedio no es siempre el mejor indicador de los antecedentes académicos de los alumnos. Pero no se quería que un gran número de aspirantes potenciales que no habían sido aceptados en varios años por la UNAM y el IPN, por no satisfacer este requisito, acudiesen a la UAM, no sólo por interés y vocación si no por ser la única institución que los aceptaría.

El contenido del examen planteaba otro problema. Los profesores que se incorporaban estaban muy atareados con la elaboración de los planes y programas de estudio, con la instalación de laboratorios, con el reclutamiento de otros profesores, y labores académicas muy variadas. Difícilmente podían dedicarse a la elaboración del examen. Por esa razón se decidió recurrir al College Examination Board, con sede en Puerto Rico, institución que tenía una larga experiencia en la elaboración y aplicación de exámenes de admisión. Un aspecto importante fue la decisión de no incluir en el examen referentes a pruebas psicológicas o preguntas conducentes a indagar el posible comportamiento del alumno. Se quería un examen totalmente objetivo que sólo aludiese a conocimientos y habilidades de los sustentantes.

También se analizó cómo se agruparían a los alumnos para sustentar el examen. Ya se había establecido que en cada División habría un tronco general y que habría mucha flexibilidad para que los alumnos pudiesen cambiar de carrera. Entonces pareció lógico que fuese un examen por División, como se sigue aplicando hasta ahora. En cuanto al espacio físico, se obtuvo el permiso de la secretaria de Educación Pública para que se aplicase en varias escuelas secundarias distribuidas en diferentes rumbos del Distrito Federal. Posteriormente se empezó a aplicar en los planteles del Colegio de Bachilleres, una vez que hubo un número suficiente para dar cabida a todos los aspirantes.

La demanda de primer ingreso fue menor a la esperada. De los 8 o 9 mil alumnos que se habían estimado, sólo 3,300 respondieron a la convocatoria de la UAM. Sorprendió la diferencia entre el número estimado de aspirantes y el real. No se atribuyó a la falta de promoción o a no haber comunicado una imagen de seriedad académica para la nueva institución. Por el contrario, como se ha dicho, se consideraba que la UAM era “bien vista” en la sociedad en general. Quizá un indicador de esto fue que la mayoría de los aspirantes procedía de escuelas privadas, sector en el que los padres de familia tienen más oportunidades de elegir la universidad para sus hijos. Por otra parte, no hubo en ese año protestas

o inconformidades generadas por la falta de cupo en las instituciones. Otro elemento un tanto inesperado fue el elevado porcentaje de aspirantes provenientes del sector de educación normal. Aunque se esperaba un número significativo, por ser la primera vez que tenían oportunidad de ingreso a una universidad, no se pensaba que podría ser el segundo grupo en importancia. Y un elemento más fue la edad de los aspirantes: el 36% tenía más de 24 años de edad. Esto indicaba que la UAM fue vista como una oportunidad por un buen número de personas que habían dejado los estudios por algún tiempo.

El primer examen de admisión se llevó a cabo el domingo 25 de agosto de 1974, sin ningún contratiempo de importancia, y la lista de aceptados apareció en varios periódicos el día domingo 9 de septiembre. De los aspirantes que sustentaron el examen, 3,300 fueron aceptados.

El día 30 de septiembre se iniciaron los cursos en la Unidad Iztapalapa y el 11 de noviembre, en Azcapotzalco y en Xochimilco. Desde un punto de vista cualitativo los profesores de ese momento consideraban que los primeros alumnos de la UAM formaban un grupo de muy buena calidad académica. Había un alto grado de satisfacción con su preparación y dedicación a los estudios. Se había contratado ya a 600 profesores por lo que se tenía una relación de 5.5 alumnos por profesor, cifra excelente para cualquier estándar. Esto permitía una atención muy personal a los alumnos. Además, la gran mayoría de los primeros profesores fueron personas con amplia experiencia académica y magníficas credenciales, así que los cursos pudieron desarrollarse en un ambiente de alto rendimiento académico y también de cordialidad entre todos los miembros de las Unidades, que eran relativamente pocos. Varios alumnos de esta primera generación de la UAM han llegado a ocupar posiciones relevantes en el mundo de la academia, la práctica profesional y la política. ■■■

En *Una historia de la UAM. Sus primeros 25 años*, t. I, Romualdo López Zárate, Óscar M. González Cuevas, Miguel Ángel Casillas Alvarado, México, UAM, 2000, pp. 62-66